

El coloso despertó: Guerra Fría, prensa e invasiones militares.
El caso de la Invasión a Granada (1983) y Panamá (1989), desde las
páginas de *La Nación*

The colossus awoke: Cold War, press, and military invasions.
The case of the Invasion of Granada (1983) and Panama (1989), from the
pages of La Nación

Recibido: 13-10-2025

Aprobado: 22-06-2026

Leonardo Astorga Sánchez
Universidad de Costa Rica
San José, Costa Rica
leonardo.astorga@ucr.ac.cr
ORCID: 0000-0001-9753-2158

Resumen

El presente artículo tiene como principal objetivo analizar la manera en que, durante la década de 1980, desde las páginas del diario *La Nación* se hizo una cobertura de dos eventos claves de la Guerra Fría en América Central y el Caribe: la invasión a Granada (1983) y la invasión a Panamá (1989). Ambos hechos llegaron a representar una manera diferente de actuar por parte de los Estados Unidos, que dejó lado su estrategia de Guerra de Baja Intensidad y optó por intervenir y derrocar a gobiernos que consideraba como un obstáculo para sus planes geoestratégicos en la región. Ante tal situación, desde *La Nación* se llevó a cabo una (re)presentación de los eventos como el resultado del despertar de Washington, lo cual, se llegó a celebrar como una demostración de que el país del norte decidía retomar el papel que le correspondía como garante de orden y estabilidad en la zona.

Palabras clave: Caribe; Centroamérica; prensa; invasión; discurso.

Abstract

The main objective of this paper is to analyze the way in which, during the 1980s, the pages of the newspaper *La Nación* covered two key events of the Cold War in Central America and the Caribbean: the invasion of Grenada (1983) and the invasion of Panama (1989). It is proposed as a working hypothesis that both events came to represent a different way of acting on the part of the United States, which, leaving aside its Low Intensity War strategy, chose to send to intervene and overthrow governments that it considered an obstacle to its geostrategic plans in the region. Faced with such a situation, *La Nación* conducted a (re)presentation of the events as the result of Washington's awakening, which was celebrated as a demonstration that the northern country decided to resume its corresponding role as guarantor of order and stability in the area.

Keywords: Caribbean; Central America; press; invasion; discourse.

Introducción

El presente artículo tiene como principal objetivo analizar la manera en que, durante la década de 1980, desde las páginas del diario *La Nación* se hizo una cobertura de dos eventos claves de la Guerra Fría en América Central y el Caribe: la invasión a Granada (1983) y la invasión a Panamá (1989). Ambos hechos llegaron a representar una manera diferente de actuar por parte de los Estados Unidos. El país dejó delado su estrategia de Guerra de Baja Intensidad para optar por el envío de tropas para intervenir y derrocar a gobiernos que consideraba como un obstáculo para sus planes geoestratégicos en la región.

Ante tal situación, desde las páginas de *La Nación* se llevó a cabo una (re)presentación de los eventos como el resultado del despertar de Washington, lo cual, se celebró como una demostración de que el país del norte decidía retomar el papel que le correspondía como garante de orden y estabilidad en la zona. De tal manera, en cada una de las publicaciones consultadas fue posible identificar una estrategia discursiva que justificaba, en mayor o menor grado, la decisión tomada tanto por Ronald Reagan como George Bush (padre).

Hay que tener presente que *La Nación*, en la década de 1980, era el principal periódico en Costa Rica. Su posición ideológica y política se caracterizaba por ser pronorteamericana, por lo que entendían la Guerra Fría como un enfrentamiento entre la democracia (representada por Estados Unidos y Costa Rica) y el comunismo totalitario de la Unión Soviética (URSS) (y sus aliados latinoamericanos de Nicaragua y Cuba) (Pérez, 1988). Esa manera de ver el conflicto llevó a que muchas veces, la manera de reportar hechos reprodujera discursos propios de la administración Reagan y Bush, resultaba, como lo señala Martha Honey (1994), una caja de resonancia de lo que desde los Estados Unidos se preparaba para referirse a lo que sucedía en Latinoamérica.

Unido a lo anterior, *La Nación* fue un espacio para que los miembros de una derecha liberal pudieran expresar y opinar sobre el rumbo que tomaba Centroamérica y el Caribe y cómo eso afectaba a Costa Rica. Esta derecha, que incluía a políticos, intelectuales, empresarios y gran parte del personal del diario, creía y defendía un proyecto político propio de una democracia representativa, fiel a la experiencia costarricense y estadounidense, que se apoyaba en la propiedad privada y en el respeto de los derechos humanos, especialmente los derechos electorales y de libertad de expresión.

Por tal razón, analizar cómo se reportaron las acciones llevadas a cabo contra Granada y Panamá, al inicio y al final de la última década de la Guerra Fría, resulta tan interesante. Más aún, si al hacerlo, es posible identificar cambios en la manera en la que se entendía la política internacional y el papel que les correspondía a países como los Estados Unidos. Asimismo, al llevar a cabo tal estudio fue posible identificar cómo, la amenaza del comunismo, muy presente a inicios de la década de 1980, fue cediendo a otros peligros, lo que demandaba una reconfiguración del discurso, algo que el diario hizo al unísono del cambio en la forma en que Estados Unidos consideraba los nuevos escenarios de lucha en América Latina.

Teóricamente, el artículo se apoya en la propuesta de Norman Fairclough (1992) y Ruth Wodak (1996), quienes sostienen que el discurso constituye una práctica social en la que intervienen e interactúan diversos actores. Asimismo, plantean que, a través del discurso, se establece una relación entre el contexto social y un acto discursivo particular.

Lo anterior se complementa con los planteamientos de Alicia Martini (2020), quien, apoyándose en Teun van Dijk, reconoce el papel del discurso en la construcción de conocimiento y de representaciones sobre hechos o eventos específicos, condicionando la forma en que estos son comprendidos. Más aún, considerando las dinámicas mediante las cuales se ejerce y reproduce el poder, es común que los discursos se estructuren a partir de jerarquías que establecen un determinado orden social o un supuesto sentido común.

La relación entre discurso y prensa queda mucho más clara si se toma como referencia lo propuesto por Héctor Borrat (1989), al considerar que el periódico no debe entenderse únicamente como un medio de comunicación, sino como un actor político. Su actuación se desarrolla principalmente en el ámbito de la influencia, mediante la construcción y difusión de discursos sobre la actualidad. En consecuencia, el análisis crítico del discurso periodístico debe considerar no solo los contenidos publicados, sino también las relaciones de poder, los conflictos y las estrategias que intervienen en la construcción de la actualidad informativa.

Sobre la metodología a seguir, el estudio se basó en el análisis de una muestra documental compuesta por 42 publicaciones del diario *La Nación* —10 sobre la invasión a Granada (1983) y 32 sobre la invasión a Panamá (1989)— seleccionadas de las secciones Editorial, Opinión y notas redactadas por periodistas del propio medio. A partir de este corpus, se identificaron temas recurrentes, estrategias de representación, jerarquización de actores y

mecanismos de legitimación presentes en el discurso periodístico, a partir de la comparación de la construcción mediática de ambos acontecimientos dentro de su contexto histórico de Guerra Fría. El objetivo no es cuantificar frecuencias ni medir variables, sino interpretar cómo el periódico construyó una narrativa favorable a las intervenciones estadounidenses y cómo adaptó sus marcos discursivos ante los cambios políticos ocurridos entre 1983 y 1989.

El artículo se divide en secciones, la primera de ellas funciona como una introducción general, que, sin entrar en detalles, trata de explicar la situación que se experimentaba en Centroamérica y el Caribe, dándole importancia a la estrategia política de los Estados Unidos. Posteriormente, se procedió a analizar la cobertura periodística de ambas invasiones, siendo el caso de Panamá el de mayor cobertura por *La Nación*, finalmente se terminará con una conclusión y balance general.

Guerra Fría y política internacional

La Guerra Fría, tal como la describe Josep Fontana, representó una pugna por consolidar y expandir a escala global un determinado orden político, económico y social —objetivo que finalmente alcanzaría Estados Unidos al concluir el conflicto— (Fontana, 2013, p. 11). En este contexto, los principios de soberanía y de Seguridad Nacional se encontraban condicionados por los intereses estratégicos de las dos superpotencias enfrentadas. Entre 1945 y 1991 tanto Estados Unidos como la Unión Soviética orientaron su política exterior siguiendo una lógica imperial, bajo una dinámica de dominación global que se justificaba discursivamente (aunque no en la práctica) mediante nociones como la defensa de la libertad, en el caso estadounidense, y la promoción de la justicia social, en el soviético.

Durante la década de 1980, tras un periodo inicial de menor tensión y acercamiento entre las potencias —la llamada distensión— (Hobsbawm, 1994/2004, p. 246), el conflicto experimentó un nuevo repunte. Este periodo, al que Noam Chomsky denominó la Segunda Guerra Fría (1975-1991) (Chomsky, 1982/1984, pp. 188-189), coincidió con la llegada al poder de Ronald Reagan y el ascenso de una nueva derecha radical en Estados Unidos. Dicha corriente política se propuso restablecer la primacía estadounidense en los ámbitos económico, político y militar, recuperando la hegemonía perdida durante la administración de James Carter, a quien se responsabilizó por las crisis en Medio Oriente (la Revolución Iraní) y América Central (la Revolución Sandinista) (Grandin, 2006/2010, pp. 64-65).

Durante los años de Guerra Fría, la posibilidad de un enfrentamiento directo, a pesar del miedo latente, nunca fue una amenaza real; el equilibrio, el reparto del mundo establecido luego de la Segunda Guerra Mundial, y la consolidación de zonas de influencia, fueron aceptados por las superpotencias (Hobsbawm, 1994/2004, pág. 230). Sin embargo, los cambios sucedidos en lo que se reconocía como el Tercer Mundo, como la descolonización y las luchas por la independencia en África y Asia, hicieron de esa región una zona donde las superpotencias competían por el ejercicio de hegemonía y la promoción del orden social que defendían (Hobsbawm, 1994/2004, p.. 231).

Esta nueva derecha, profundamente convencida de la superioridad de Estados Unidos, buscó reconfigurar la política exterior del país retomando la retórica fatalista y apocalíptica de los primeros años de la Guerra Fría (1949-1953) (Powaski, 1997/2000, p.. 118-124). En su discurso, la URSS era presentada como una potencia imperialista y reaccionaria, mientras que Estados Unidos se erigía como la vanguardia del ‘mundo libre’, portador del progreso y el cambio (Westad, 2005/2007, pP. 34-35). De esa visión se desprendía no solo la necesidad de contener el comunismo, sino también de revertir sus avances.

En este contexto, América Central y el Caribe se convirtieron, durante la década de los años ochenta, en el escenario ideal para que Estados Unidos recuperara su sentido de misión y la confianza perdida tras la derrota en Vietnam (Grandin, 2010, p.. 73). La política exterior impulsada por la nueva derecha se apoyó en tres pilares fundamentales:

1. una diplomacia agresiva o ‘idealismo punitivo’ orientado a promover la libertad y la democracia, acompañada de operaciones encubiertas, financiamiento a movimientos contrarrevolucionarios y fortalecimiento de cuerpos de seguridad;
2. la defensa del absolutismo del mercado y de políticas neoliberales;
3. el impulso a agrupaciones cristianas neopentecostales con el fin de contrarrestar la influencia de la Teología de la Liberación (Grandin, 2010, pp. 6-7)

Como se mencionó al inicio de este artículo, *La Nación* se caracterizó por posicionarse abiertamente del lado estadounidense. Lo anterior llevó a que se defendiera y justificara la manera de actuar de ese país en la región, por lo que, incluso, demandó un involucramiento más directo y una ayuda constante para hacer frente al comunismo.

La posición adoptada por *La Nación* se alineaba con una visión del mundo compartida entre el periódico, sus colaboradores y los valores del llamado “estilo de vida norteamericano”: una fe irrestricta en el libre mercado, el anticomunismo, la desconfianza hacia un Estado excesivamente poderoso, la defensa del individualismo frente al colectivismo y la confianza en la tecnología (Westad, 2005/2007, p. 9). Asimismo, su postura reflejaba lo que Ariel Armony (1997) y Magdalena Lisinska (2018) denominan fronteras ideológicas, concepto que alude a la convicción, común entre los sectores militares y la derecha latinoamericana, de situarse del lado correcto de la historia. Esto implicaba enfrentar al comunismo desde cualquier frente —político, económico, cultural o militar—, bajo la premisa de que la defensa de Occidente y la democracia exigía una participación. *La Nación* en sus publicaciones defendía la idea, promocionada por los Estados Unidos, de que la libertad no podía existir sin la propiedad privada y sin la existencia de un orden político-económico (el sistema capitalista) que buscara el bien particular, facilitando y promoviendo la acción individual sustentada en la libertad de empresa y en el libre mercado (Westad, 2005/2007)).

En la retórica de *La Nación*, Estados Unidos no aparecía como una potencia imperial —incluso cuando intervenía militarmente, como en Granada en 1983—, sino como garante y protector del orden y la libertad frente al totalitarismo, la anarquía y el caos del comunismo (Westad, 2005/2007). De esta manera, el periódico legitimaba tanto la democracia estadounidense como, por extensión, la costarricense, como los únicos modelos políticos válidos y sostenibles. Al mismo tiempo, deslegitimaba toda alternativa —considerada una falsa modernidad política, como el comunismo— que propusiera un camino distinto al republicanismo norteamericano (Westad, 2005/2007), reafirmando la idea de que el progreso nacional solo era posible siguiendo el ejemplo de Estados Unidos.

Como lo explica Héctor Borrat (1989) la producción periodística se articula mediante decisiones constantes de exclusión, inclusión y jerarquización de hechos, fuentes y actores. Según esa dinámica, es posible identificar la línea política de un periódico. Para el caso de *La Nación*, como se ha mencionado, en el contexto de Guerra Fría, la manera en cómo se cubrió la invasión a Granada (y posteriormente Panamá) respondió a una visión de mundo que consideraba tal acción como justa y necesaria.

La Invasión a Granada

Granada, una pequeña isla situada en el Caribe fue escogida por la administración Reagan como el objetivo perfecto para hacer una demostración de fuerza. Al igual que Nicaragua, en Granada, en 1979, un gobierno revolucionario encabezado por Maurice Bishop tomó el poder, e inició un proceso de transformación que desafiaba la hegemonía de Estados Unidos en una zona que consideraba suya por derecho propio.

Sin embargo, el proceso iniciado en la isla se vio frenado cuando elementos radicales dentro del gobierno de Bishop llevaron a cabo un golpe de estado, en 1983, que acabó con su vida y la de varios miembros del gabinete (Morera, 2012). Como resultado, Estados Unidos, encabezó una coalición de otros países, entre ellos Jamaica, Barbados, Antigua y Barbuda, Dominica, Santa Lucía, San Vicente y Las Granadinas e invadió Granada el 25 de octubre de 1983, ocupando el territorio hasta el 29 de ese mes. La invasión se justificó alegando dos razones, salvaguardar vidas norteamericanas y devolver a los granadinos su libertad, ya que, para Reagan, la isla estaba en manos de comunistas cubanos, quienes pasaban a ser presentados como los verdaderos invasores.

Durante los cuatro días que duró la invasión, *La Nación* trató de darle una cobertura que, sin llegar a ser exhaustiva ni considerable, si llegó a establecer una serie de elementos claves que serían fundamentales para (re)presentar a los Estados Unidos y su presidente Reagan, así como para definir cual debía ser de la manera de actuar de un país que retomaba su posición de guardián del área. A lo largo de las 10 publicaciones consultadas *La Nación* construyó un discurso en el que se alegaba que Estados Unidos había logrado con la acción militar posicionarse de nuevo en el lugar que le correspondía, y que, si bien es cierto, eso podía entrar en contradicción con la normativa y tratados internacionales, eso se podía considerar un mal menor, frente a los beneficios que representaba para Latinoamérica la nueva actitud tomada por los Estados Unidos.

Fue así como primero con Granada y luego con Panamá, desde las páginas de *La Nación*, las intervenciones militares de Estados Unidos se justificaron como actos orientados por un deseo de ordenar el mundo, para ayudar a los países a encontrar su camino hacia la estabilidad, el progreso y la libertad (Westad, 2005/2007, p. 34). En cada una de las publicaciones fue posible identificar, una defensa y promoción de lo que Noam Chomsky

llamó la quinta libertad, la cual se plantea a partir de la interpretación que hace el autor de un discurso de Franklin Roosevelt, pronunciado en 1941, en donde se explicaba que los Estados Unidos tienen el deber de promover cuatro libertades: de expresión, de culto, de aspiración, de vivir sin miedo. En el caso de la quinta, se refiere, entonces, a la prerrogativa que tienen los Estados Unidos para intervenir y hacer uso de la fuerza y la violencia cuando en momentos de conflictividad sus intereses se ven amenazados (Chomsky, 1987/2009, p. 79).

Fue así como *La Nación*, desde sus páginas, promovió y defendió la intervención militar como una medida (final y definitiva) para evitar que los países cayeran en manos del comunismo, y como una manera de transferir e implantar en los países intervenidos las “semillas de la libertad” (Westad, 2005/2007, p. 23). La línea discursiva del diario se destacó por señalar elementos como la presencia de tropas cubanas en Granada y el accionar de los Estados Unidos en función de promover el orden.

Las ideas anteriores fueron complementadas con la noción de que todo proceso de cambio que iniciaba con una revolución, o una lucha por la libertad, pasaba a ser un obstáculo para la democracia. Eso se podía leer en un artículo publicado en la sección de Opinión y escrito por el médico y político Jaime Gutiérrez Góngora, en donde se explicaba como:

La expansión soviética... ha sido inexorable desde el final de la Segunda Guerra Mundial, ideó un mecanismo de conquista todavía más efectivo pues es invulnerable a la maquinaria de los tratados de defensa regional. Llamó “guerras de liberación nacional” a este artificio de conquistas coloniales y la llevó a cabo a través de las quintas columnas que mantienen en casi todos los países de la tierra. (Gutiérrez, 1983, 15A)

De tal manera, según *La Nación*, fue debido a esa falsa liberación que Granada cayó en manos de los comunistas. Así, se marca el principio de una situación que llevaría a los Estados Unidos a actuar de manera definitiva en octubre de 1983. Por consiguiente, y como se explicaba en un editorial publicado un día después de la invasión a Granada, Estados Unidos no hacía más que liberar a un país que estaba ocupado por fuerzas cubanas y soviéticas:

La intervención de estos dos países en la organización del gobierno insular y la forma como se le atribuye a los cubanos todo el despliegue de maniobras e intrigas que culminaron con el derrocamiento y posterior asesinato de Maurice Bishop, ponen en evidencia, asimismo, una identificación [...] con las fuerzas marxistas-leninistas más radicales y fanáticas. (Sánchez, 1983, pág. 14A)

El mismo editorial se encargaba además de asegurar un elemento clave, como lo era posicionar al Caribe como el área de influencia que por derecho le correspondía a los Estados Unidos, y que, por lo tanto, ninguna otra potencia debía hacerse presente:

la acción militar sobre Granada [representa] un cambio en la política exterior norteamericana hacia la cuenca del Caribe. Con ello los Estados Unidos reiteran que esta es, en efecto, su zona de influencia y que no van a tolerar más el avance o la expansión de la Unión Soviética, Cuba y Nicaragua en la región. (1983, pág. 14A)

Así, lo expuesto por *La Nación* hacía eco a la política de la administración Reagan que orientaba su política exterior a hacer de la cuenca del caribe un objetivo prioritario. Lo anterior era uno de los puntos clave en el Documento de Santa Fe, uno de los tantos manifiestos que sirvieron de justificación para legitimar las acciones de Estados Unidos en su cruzada contra la Unión Soviética (Alzugaray, 2004, pp. 203-204).

Desde *La Nación* redactores como Juan Sánchez Alonso, quien además ocupaba importantes cargos directivos dentro del diario, celebraban lo que se llegó a considerar la Doctrina Reagan. Esta doctrina afirmaba que era el momento de Estados Unidos para retomar su lugar en el mundo. Así, con un sentido de misión, se declaraba que, ante el comunismo que se apoderaba de los pueblos libres de Latinoamérica, era deber de Estados Unidos intervenir para combatirlo. (Urbaneja, 1998, p. 203).

La doctrina Reagan proponía además un plan en tres etapas, que correspondía a acciones específicas: una acción contrarrevolucionaria, o *Roll Back*, orientada a recuperar los espacios perdidos ante los movimientos de liberación nacional (tal fue el caso de Granada); una dimensión contrainsurgente, que se encargaría de fortalecer y apoyar a aquellos gobiernos amigos que enfrentaban a la guerrillas o a armar grupos capaces de desestabilizar gobiernos

de izquierda, y finalmente, una acción y dimensión preventiva, que buscaba construir y preservar espacios para evitar el establecimiento de las condiciones que facilitarían movimientos de liberación nacional (Aguilera, Morales, & Sojos, 1991)). Esa doctrina, además se entendió como el fin de síndrome de Vietnam, es decir, el miedo, según Reagan y sus partidarios, a tomar acciones e intervenir cuando sus intereses así lo demandaran (Jentlenson, 1992). Y así lo explicaba Sánchez Alonso, en la sección Buenos días:

[La invasión a Granada] denota un giro de noventa grados en el rumbo de la política exterior de los Estados Unidos en el Caribe. Washington está pasando de la retórica a los hechos y la incursión conjunta de ayer no será vista precisamente con efecto tranquilizador por Managua. El síndrome de Vietnam se acabó (Sánchez, 1983, p.. 14A)

En el artículo de Gonzalo Facio es donde se percibe claramente la celebración de la intervención de los Estados Unidos en Granada, pues aclamaba el inicio de una nueva era de la mano de Ronald Reagan. Este artículo es el que mejor expone la idea de que pasar por encima de convenios y tratados internacionales no debe ser un impedimento para promover el tipo de democracia que Costa Rica y Estados Unidos consideran necesaria:

desde que Bishop y los suyos tomaron el poder, los granadinos no han tenido la oportunidad de auto-determinarse y su soberanía quedó menguada.

Por todas estas razones, la acción militar ejecutada por tropas estadounidenses... no atentó contra la autodeterminación y soberanía granadinas. Por el contrario, fue una acción libertadora. Al eliminar al régimen dictatorial imperante, al cortar las amarras que lo tenían encadenado al poder soviético, las fuerzas estadounidenses [...] han hecho posible que el pueblo de Granada vuelva a ser soberano y esté en capacidad de ejercer plenamente su auto-determinación.

Quienes hipócritamente se lamentan de la violación de esos principios por las fuerzas libertadoras, quienes utilizan esa alegada violación para atacar al presidente Reagan, simulan una ceguera para no ver lo que es evidente hasta para el más miope. (Facio, 1983, pág. 15A)

De tal manera, a partir de la invasión a Granada, desde *La Nación*, se establecieron discursivamente los elementos que más adelante serán retomados para referirse al caso panameño: el derecho de Estados Unidos de intervenir para garantizar el orden y la democracia; la existencia de una amenaza que va más allá del respeto de los tratados internacionales; la actuación de los Estados Unidos como oportuna y eficaz, y el posicionamiento ante las críticas a esa manera de proceder, las cuales se deben considerar como mera hipocresía o mala voluntad, ya que los verdaderos demócratas deben aplaudir lo hecho por la potencia del norte.

La invasión a Panamá

Para 1989 la Guerra Fría llegaba a sus últimos años y eso provocaría un cambio en la manera de justificar el accionar de Estados Unidos en la región. Sin que el comunismo desapareciera como enemigo a vencer, este empezaba a ser relegado a un segundo lugar, mientras nuevos adversarios y desafíos hacían su aparición, entre ellos, la lucha contra las drogas.

Lo interesante es que, en esa guerra contra las drogas, la retórica de Guerra Fría se mantuvo, lo cual facilitó la identificación de a quiénes se debía combatir. A lo anterior se sumaba otro elemento; la noción de Estado fallido, que bien podía ser un país controlado por mafias de narcotraficantes o por un proyecto comunista que estaba a punto de caerse a pedazos, debido a la incapacidad de poder hacerle frente a la supuesta superioridad del capitalismo y la democracia. Con tales elementos presentes, la invasión a Panamá, en diciembre de 1989, pasó a ser un escenario en donde lo nuevo se une con lo viejo; por tal motivo, desde la prensa, se dio una fusión entre la lucha contra el comunismo con el tráfico de drogas, con la figura de Manuel Noriega como el nuevo monstruo a vencer.

La invasión fue el resultado de una escalada de sucesos que culminaron con el no reconocimiento del triunfo electoral de la oposición a Noriega, encabeza por Guillermo Endara y Raúl Arias, además de la muerte de un *marine* y el maltrato hacia otro. Sin embargo, como lo reconoce Josep Fontana, la verdadera razón era deshacerse de Noriega, militar involucrado en el tráfico de drogas e importante colaborador de los Estados Unidos durante la década de 1980, quien amenazaba con relevar información sobre operaciones que la Agencia Central de Inteligencia (CIA) había llevado a cabo en América Central (Fontana, 2017, pp. 511-512).

Las tensiones fueron creciendo hasta el punto en que Manuel Noriega le declaró la guerra a los Estados Unidos. El 15 de diciembre de 1989 Noriega asumió una serie de poderes especiales que lo posicionaban como jefe del Gabinete de Guerra del país (Yao, 2009)

Así como Anastasio Somoza, en 1979, llegó a representar el epítome del autoritarismo y la barbarie –papel que luego fue asignado a los comandantes sandinistas, especialmente a Daniel Ortega, luego del triunfo revolucionario y las elecciones de 1984 en Nicaragua– Noriega vino a ocupar ese puesto. Tal situación facilitó que, desde la prensa costarricense, la acción en contra de la soberanía panameña se viera como una acción impostergable e irremplazable.

La manera en cómo fue reportado el conflicto panameño por parte de *La Nación* giró en torno a tres elementos básicos: hacer de Noriega un monstruo; establecer que la acción de Estados Unidos sucedió en el mejor momento y estaba a todas luces justificada, lo que llevó al pueblo panameño a celebrarla, y plantear que Panamá era un narcoestado, lo cual lo posicionaba como un estado fallido.

Como ya se mencionó, la principal estrategia discursiva de *La Nación* y sus colaboradores fue crear alrededor de Noriega la imagen de un monstruo; no solo presentarlo como un típico dictador, sino que, además, sumarle una serie de características negativas que lo hacían ver como el peor mal que le había sucedido a Panamá. Fue el columnista Julio Rodríguez el que mejor construyó esa idea del monstruo, así lo describía en una de sus columnas:

Un hallazgo explica la personalidad de Noriega. Al penetrar los soldados norteamericanos en su oficina, encontraron botes con sangre de animal para ritos diabólicos, cocaína como para un ejército, y –oh sorpresa– un retrato de Hitler.” (Rodríguez, 1989, pág. 15A)

El retrato pintado por Rodríguez se terminaba de completar al hacer un listado de cómo el monstruo de Noriega gobernaba panamá:

saqueó a la nación, instauró un estado narcotraficante, corrompió las instituciones públicas, creó una gavilla de bandoleros que llamó Fuerzas de Defensa, armó a delincuentes comunes a quienes bautizó “batallones de dignidad”, trasegó cocaína por todo el continente, se dedicó al lavado de

dólares, amasó una fortuna inmensa a costa de la miseria del pueblo, fue oficiante de ritos satánicos, y, además, adoraba a Hitler. (Rodríguez, 1989, pág. 15A)

El primer punto de la estrategia tomaba forma, al crear a ese personaje, que no escapaba a la realidad de sus actos, *La Nación* lograba justificar que fuera derrocado mediante una acción militar. Sin embargo, algo que llama la atención es que, a pesar de las constantes referencias a la monstruosidad de Noriega y a la necesaria acción de los Estados Unidos, en las publicaciones *La Nación* no se hace referencia a los ligámenes entre el dictador y la CIA.

Además, como se podía leer en el editorial publicado por el periódico días después de la entrega de Noriega a fuerzas estadounidenses, la llegada de este al poder no se explicaba bajo la lógica de contar con un informante y aliado en la región dentro de los planes de Washington, sino que se planteó como un hijo directo de la cultura política panameña, la que era considerada, desde la experiencia democrática, como inmadura, “[...] el torrijismo nacionalista, arbitrario y oportunista engendró al general Manuel A. Noriega.” (1990, pág. 14A)

El silencio de *La Nación*, tanto desde su línea editorial, como de sus principales colaboradores y periodistas sobre los vínculos entre Noriega y la CIA, era sustituido por la constante referencia a Panamá como un estado fallido, asegurando, que “desde que el general Noriega asumió la jefatura de las Fuerzas de Defensa en 1983, Panamá, lejos de continuar un sendero que podría desembocar en la democracia plena con razonable progreso, comenzó una involución manifiesta.” (1989, pág. 14A)

Por consiguiente, ante un estado fallido, gobernado por un monstruo y entregado a actividades ilícitas, en constante violación a los Derechos Humanos y promotor de fraude electoral, desde *La Nación*, un personaje como Gonzalo Facio, al igual que lo hizo con el caso de Granada, celebraba la acción de los Estados Unidos como un acto liberador. Y no solo se celebraba, sino que acusaba de cómplices a quienes criticaban el uso de la fuerza contra Panamá:

Quienes hipócritamente lamentan el uso de la fuerza para lograr la liberación de un pueblo encadenado por la más sucia dictadura, simulan ceguera para no

ver lo que es obvio. La acción norteamericana no atenta contra el principio de autodeterminación ni viola la soberanía panameña. Por el contrario, repito, se trata de una acción libertadora. Al eliminar el régimen tiránico imperante, al cortar las amarras que lo tenían encadenado a los barones del narcotráfico, las fuerzas de los Estados Unidos han hecho posible que el pueblo de Panamá sea otra vez soberano y que pueda ejercer su auto-determinación. (Facio, 1989, pág. 15A)

Las similitudes con el artículo que había escrito en 1983 para referirse a Granada son muchas, pero lo interesante es cómo para Facio las normas del derecho internacional no pueden aplicarse a Estados Unidos que, desde su posición de potencia y supuesta primera democracia, es quien define desde sus intereses y objetivos de seguridad lo que considera como autodeterminación; así como en donde termina su soberanía y empieza la de otro país. De nuevo, como se mencionaba al inicio de este trabajo, la lógica seguida durante la Guerra Fría, al inicio y fin de esta, respondía a una de imperios.

La celebración de la acción de los Estados Unidos sobre Panamá como una acción justa, necesaria y legítima era completada por el artículo de Bosco Valverde, jefe de información del diario y connotado anticomunista que mencionaba:

Eso era lo que los Estados Unidos debió haber hecho desde hace tiempo. No importan las críticas y condenas de los pusilánimes, quienes en el momento de poner la mano para que los estadounidenses les suministren dinero le sonríen hipócritamente, pero a la hora de las verdades les quitan su apoyo.

Al presidente Bush no tienen por qué importarle opiniones de este tipo. Las personas sensatas y el pueblo de Panamá estamos más que agradecidos por la acción que emprendió. (Valverde, 1989, pág. 14A)

Finalmente, el panorama que presentaba *La Nación* terminaba de tomar forma con los reportajes de los periodistas Edgar Fonseca y Tomás Zamora, enviados especiales del diario a Panamá para cubrir el conflicto. Cuatro reportajes se encargaron de ratificar la postura, pues planteaban que, si bien la acción de los Estados Unidos generó una dinámica conflictiva al interior de Panamá, el verdadero caos, los saqueos y actos de violencia fueron provocados

por los partidarios de Noriega. En ningún momento se acusaba a los soldados estadounidenses de promover acciones violentas, sino que eran presentados como héroes, humanizados por acciones heroicas frente a las masas violentas de los seguidores de Noriega, que al igual que su líder, eran representados como monstruos.

Así, en el reportaje final y el más extenso de los cuatro, Fonseca y Zamora se encargaron de narrar las muestras de aprecio y júbilo del pueblo panameño hacia sus salvadores:

Aplausos, gritos de apoyo, letreros en paredes, carteles y ventanas completaban, en los primeros días, las manifestaciones de aprobación a la intervención que sacó a Noriega del poder.

Por calles o avenidas del área metropolitana, o en las zonas rurales, en general la reacción de los panameños entrevistados es de aceptación a la acción militar norteamericana que demolió al régimen de noriega.

La intervención, al menos por ahora, es vista con ojos gratos por el estudiante, el profesional, el empresario, el conductor de taxi, el limpiabotas o la miscelánea del hotel. (Fonseca & Zamora, 1989, párr. 6)

Conclusión

Las invasiones a Granada (1983) y Panamá (1989) fueron dos eventos separados en el tiempo que representaron la manera en cómo los Estados Unidos buscó consolidar su posición hegemónica en Centroamérica y el Caribe. Ambas operaciones militares se alejaron de la dinámica de Guerra de Baja Intensidad, lo que hizo que tropas estadounidenses se involucran de manera directa en conflictos más allá de sus fronteras. Ambas operaciones buscaron ser un triunfo rápido y eficaz, por lo que resultaron en una demostración de la fuerza de dos administraciones (Reagan y Bush) que estaban iniciando su periodo de gobierno.

Desde *La Nación* ambos hechos fueron celebrados como un triunfo de la democracia ante la dictadura. Lo interesante es cómo para el caso de Granada, el comunismo era un elemento clave, y muy presente como amenaza, mientras que, para el caso de Panamá, un nuevo adversario empezó a ocupar el lugar del marxismo, es decir, el narcotráfico el nuevo enemigo a vencer. Desde el periódico, lo importante fue recalcar que Estados Unidos era y debía ser

el único poder capaz de resolver los problemas de la región, y que, desde esa posición, violar convenios y tratados internacionales no significaba un problema, ya que se estaba luchando por alcanzar un bien mayor: la promoción del orden y la democracia.

Llama la atención que, en ambos casos, en ningún momento se consideró a las fuerzas militares estadounidenses como invasoras; ese papel les correspondía a los cubanos y soviéticos en Granada y, en Panamá, a las Fuerzas de Defensa, que, según *La Nación*, mantenían secuestrado al país para beneficiar a un dictador que se comportaba como el líder de una organización criminal. Finalmente, se concluye que, más que abandonar la retórica de la Guerra Fría, esta fue readecuada a los nuevos escenarios y conflictos de Latinoamérica conforme el conflicto llegaba a su final.

Referencias

- Aguilera, G., Morales, A. & Sojos, C. (1991). *Centroamérica de Reagan a Bush*. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)
- Alzugaray, C. (2004). , *De Bush a Bush: balance y perspectiva de la política externa de los Estados Unidos hacia Cuba y el Gran Caribe*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) Armony, A. (1997). *Argentina, the United States and the Anti-Communist Crusade in Central America, 1977-1984*. Ohio University Press.
- Borrat, H. (1989). El periódico, actor del sistema político. *Anàlisi: Quaderns de Comunicació i Cultura*, 12, 67–80.
- Chomsky, N. (1984). *La segunda Guerra Fría: crítica de la política exterior norteamericana, sus mitos y propaganda*. Crítica. (Publicación original de 1982):
- Chomsky, N. (2009). *La quinta libertad. La intervención de los Estados Unidos en América Central y la lucha por la paz*. Crítica. (Publicación original de 1987).
- Facio, G. (5 de noviembre de 1983). La liberación de Grenada. *La Nación*, p. 15A.
- Facio, G. (28 de diciembre de 1989). La liberación de Panamá. *La Nación*, p. 15A.
- Fairclough, N. (1992). *Discourse and Social Change*. Polity Press.
- Fonseca, E. & Zamora, T. (30 de diciembre de 1989). ¡Esta vaina se acabó! *La Nación*.
- Fontana, J. (2013). *Por el bien del imperio. Una historia del mundo desde 1945*. Pasado y Presente.
- Fontana, J. (2017). *El siglo de la revolución. Una historia del mundo desde 1914*. Crítica.
- Grandin, G. (2010). *Empire's Workshop. Latin America, The United States and the rise of new imperialism*. (Publicación original de 2006).
- Gutiérrez, J. (26 de octubre de 1983). Ahora sí... se soltó el burro. *La Nación*, pág. 15A.
- Hobsbawm, E. (2004). *Historia del siglo XX*.: Crítica. (Publicación original de 1994).
- Honey, M. (1994). *Hostile acts. U.S. policy in Costa Rica in the 1980's*. University Press of Florida.
- Jentlenson, B. (1992). The pretty prudent public: post post-Vietnam American opinion on the use of military force. *International Studies Quarterly*, 36(1), 49-74. <https://doi.org/10.2307/2600916>
- La invasión a Grenada. (26 de octubre de 1983). *La Nación*, p. 14A.

- Lisinska, M. (2018). Las "fronteras ideológicas" y la última dictadura militar en Argentina (1976-1983): el caso de las operaciones encubiertas en América Central. *Anuario Latinoamericano Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales*, 6, 67-84. <https://journals.umcs.pl/al/article/view/8707>
- Martini, A. (2020). Sobre política y civilización: el terrorismo, lo político y los desafíos al orden internacional. *Política y Sociedad*, 57(1), 175-195. <https://doi.org/10.5209/poso.67222>
- Morera, C. (2012). La invasión norteamericana de Granada: Imágenes y discursos en la prensa española (1983). *XV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles* (pp. 547-557). [Actas de congreso]. HAL Open Science. <https://shs.hal.science/halshs-00874605v1/document>
- Panamá después de Noriega. (5 de enero de 1990). *La Nación*, p. 14A.
- Pérez, M. (1988). La lucha por la paz en Centroamérica (1987) vista por la prensa y la caricatura costarricenses. *Anuario de Estudios Centroamericanos*. 14 (1-2), 143-69.
- Powaski, R. (2000). *La Guerra Fría. Estados Unidos y la Unión Soviética, 1917-1991*. Crítica. (Publicación original de 1997).
- Rodríguez, J. (27 de diciembre de 1989). En Vela. *La Nación*, p. 15A.
- Sánchez, J. (26 de octubre de 1983). El Síndrome de Vietnam se acabó. *La Nación*, p. 14A.
- Una acción justificada. (22 de diciembre de 1989). *La Nación*, pág. 14A.
- Urbaneja, L. (1998). La política exterior norteamericana hacia América Latina desde Reagan a Clinton. *Anuario de filosofía, psicología y sociología*.
- Valverde, B. (diciembre de 1989). ¡Viva la intervención! *La Nación*, p. 14A.
- Westad, O. A. (2007). *The global Cold War. Third World and the making of our times*. Cambridge University Press. (Publicación original de 2005).
- Wodak, R. (1996). *Disorders of discourse*. Longman.
- Yao, J. (2009). Para entender la invasión de Estados Unidos a Panamá. *Tareas*, 133, 55-75. <https://www.redalyc.org/pdf/5350/535055609005.pdf>